VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

me a esto. Era fascinante aquel espectáculo, magia pura. Cuando lo vi, me dije: 'Yo quiero hacer eso", rememora.

Junto a los escenógrafos colaboran estrechamente los diseñadores de vestuario. De hecho, en muchos espectáculos son la misma persona, a veces por motivos artísticos, pero también por razones económicas. "Sobre todo, en épocas de crisis. A la hora de ahorrar, los primeros que caemos somos nosotros", advierte San Juan, quien firma escenografías y vestuarios.

Felype de Lima, brasileño afincado en Madrid, compagina también los dos oficios, que define como "pura poesía visual". "Me apasiona investigar sobre una obra y plantear un universo estético concreto", comenta. El momento más emocionante para este profesional llegó cuando el renombrado director teatral esloveno Tomaz Pandur, fallecido en 2016, se fijó en su trabajo y lo llamó para que formara parte de su equipo. "Firmé el vestuario de tres montajes suyos y disfruté momentos inolvidables con él", recuerda.

Las Calderonas

Otro apellido muy conocido en el mundo teatral es Calderón. O mejor dicho, las Calderonas, una familia de mujeres que vive entre patrones, telas y máquinas de coser. María Calderón, la madre, estudió Químicas para dedicarse a la industria textil, pero el desmantelamiento del sector en España le llevó a buscar otras opciones y comenzó a teñir telas para diversos espectáculos. Ahora trabajan con ella sus hijas Sandra y Mónica, una como costurera y otra como asesora histórica. María acaba de teñir 500 metros de tela para un montaje de Alfredo Sanzol, Sandra tiene pendiente de coser 26 trajes para una *Fuenteovejuna* y Mónica ha estado asesorando las últimas series históricas de televisión.

"Los actores tienen que estudiar, pero nosotras también. Para hacer cualquier prenda tienes que ambientarte en la época y conocer los diferentes tipos de tejidos que se utilizaban en cada momento", explica la madre. "Cuando ves en el escenario los trajes que han salido de tus manos te sientes muy orgullosa. Quizás no sea lo más importante para que una obra salga redonda, pero algunos de los aplausos que reciben los actores los sentimos nuestros", tercia su hija Sandra.

Muchos profesionales como Sandra llegan al teatro por tradición familiar. Otros por vocación. Y otros por puro azar. Eva Fernández, de 45 años, tenía 18 cuando un cliente de la peluquería en la que trabajaba se prendó de su estilo y le propuso ser su ayudante en el Liceo de Barcelona. Allí aprendió el oficio y se formó además como maquilladora, lo que la ha terminado convirtiendo en una caracterizadora de gran prestigio. "Ha sido un recorrido muy largo. Cuando yo empecé, ni siquiera aparecíamos en los programas de mano, pero poco a poco se van reconociendo estos oficios".

Bajo el volcán Herzog

El mítico director de 'Fitzcarraldo' entra en erupción de ideas ante 700 personas en el festival literario Kosmopolis de Barcelona

CARLES GELI, **Barcelona**

"Me gustaría que una anaconda le estrujara, que una araña le paralizara y el veneno le hiciera explotar el cerebro; que cogiera la lepra (...) ¡El problema es que me sigue persiguiendo!", escribió Klaus Kinski sobre Werner Herzog. Se puede intuir que el obsesivo, reñido con el mundo (al menos, con la naturaleza), cineasta alemán genere esos sentimientos, pero lo que es seguro es que su personalidad marca. Eso les ocurrió la noche de sábado a las más de 700 personas que asistieron al festival literario Kosmopolis en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, en la primera visita del director de *Fitzcarraldo* o *Aguirre, la cólera de Dios* a la capital catalana.

"Donde hay más color es mío; le dije: 'Articula tu veneno contra mí'. Su estilo es mediocre, pero ese pasaje es bueno", lanzó con afable causticidad Herzog, dispuesto a una particular excursión por los delirios interiores del ser humano: polar, pantalones de montaña, botas cortas, gafas colgando. Llegaba, a sus 74 años, combativo: "Tengo artillería para 10 horas", confesó ya entre bastidores antes de recogerse en soledad, como un monje, para saltar al escenario. Le habían precedido unos minutos de su *Teniente corrupto*, donde Nicolas Cage ríe poseído y alucina con una iguana bajo los efectos de las drogas. "Le dije que debía ser el reflejo del diablo: 'Verás que te gustará serlo". El resultado es inquietante. "Estoy harto de esa visión del mundo como si el universo lo hubiese creado Walt Disney; me carga lo naíf". ¿Y la iguana? "Vi una días antes; no estaba en el guion y esa imagen entre inquietante y estúpida que dan me interesa; me gusta trabajar esa vertiente extraña de la creación", admitió, ratificando así el mito de que trabaja improvisando.

Sabía su interlocutor, Paul Holdengräber, de la Biblioteca Pública de Nueva York que, con poco, el volcán Herzog entraría en erupción. Era cuestión de ir mostrando retazos de su filmografía o de recitar fragmentos de *La conquista de lo inútil* (cuaderno de rodaje de la infernal *Fitzcarraldo*) para que, como la lava, lenta pero incandescente, el director siguiera su imparable descenso por el *Éxtasis y terror en la mente de Dios*, epígrafe que él mismo propuso para su charla. "Me fascina el papa Benedicto XVI. Cuando fue a Auschwitz, se preguntó tres veces que dónde estaba Dios en el Holocausto; me gustaría saber si su fe es sólida, si duda de Dios; quizá por eso renunció".

El fin del mundo

Inexorable, resumió el siglo XX como "un gran error, el del fin de las utopías sociales", y vio que el XXI se encamina al "declive de la utopía tecnológica", dijo quien no tiene móvil. "No podemos delegar la perspectiva del mundo en una pantalla".

Repitió siete veces que hay que leer. Él llevó tres libros, marcados, muy usados. Y citó desde Bernal Díaz del Castillo a Rembrandt o Hercules Seghers, pasando por Hernán Cortés y sus cartas. "Quise hacer una película sobre la conquista de México desde el punto de vista de un caballo. Hice el guion, pero no hallé presupuesto", recordó.

Tiene quien le suplanta en Facebook, si bien el mito de que sabe hipnotizar gallinas parece cierto: "Lo hice en *El enigma de Kaspar Hauser*: la coges por el cuello y frente al pico le trazas rápido una línea recta, así, con el dedo". Pero expulsaba la mente de Herzog otros materiales ya: la frontera entre ficción y realidad. "Estoy harto de que se entiendan los documentales como algo solo basado en hechos reales; si estos fueran solo la realidad no habría poesía; un listín telefónico sería el mejor poemario. Me acusan de inventarme cosas de mis personajes en los documentales, poner sueños, pero es que para profundizar en la realidad hay que ir más allá, solo así se accede a la iluminación, al éxtasis...".

Un jefe tribal de una isla de Indonesia, de su documental *Into the Inferno*, imagina el fin del mundo: "Todos los volcanes entrarán a la vez en erupción y todo se fundirá, tierra, piedras, árboles, como si fuera agua". ¿Cómo ve el fin del mundo Herzog? "Con alguna estupidez: microbios, Internet... Difícil sostener el planeta con 6.000 millones de personas cazando. En mis películas contemplo esa naturaleza desde fuera. He entendido mi destino y por eso soy feliz aquí y ahora". El volcán Herzog había estado dos horas en erupción.

Werner Herzog, en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. / JOAN SÁNCHEZ

La iniciación poética de PJ Harvey

C. G., **Barcelona**

"La cáscara de una muñeca de paja / colgaba del techo. / Le pregunté a la muñeca qué había visto / Le pregunté a la muñeca qué había visto". Es evidente que lo estaba reviviendo de nuevo. Con la mirada perdida al final del inmenso auditorio, PJ Harvey había regresado a esa aldea y a esa casa abandonada de Kosovo un día de entre 2011 y 2014, cuando viajó a esa zona y a Afganistán con el fotógrafo Seamus Murphy. De aquel periplo por el silencio en vida y por la muerte entrevista nació un poemario, *El hueco de la mano* (Sexto Piso), algunas de cuyas composiciones recitó la cantante y compositora inglesa en el acto que cerró ayer el festival literario Kosmopolis en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.

No hubo un vestuario espectacular, ni un peinado rompedor como cada vez que saca álbum. Sin concesiones. Y la audiencia, unas 880 personas, lo entendió rápido: ni un solo aplauso; silencio sepulcral mientras Harvey recitaba con sobriedad extrema sus 19 textos (algunos, inéditos). Apenas un ligero aleteo, esporádico, de la mano izquierda.

El resto fue voz, modulada, capaz de imponer el ritmo de la respiración, mientras iba paseando por el vacío y la tristeza. Recordó Harvey a los oyentes que iba pertrechada solo con un lápiz y una libreta. Y miraba. Ahí unas casas abandonadas; en otra, una vieja con 15 llaves de "quince jardines descuidados. / Quince casas que se caen". Más allá, "un gallo. Un montón de zapatos"... Recitó Harvey, desde los 17 años acostumbrada a escribir sus canciones, de memoria, una experiencia que tuvo mucho de iniciación. Verso corto y pespunteado por una letanía de estribillo, no es cierto la sensación que tuvo: "Mi voz / se extravió y no pudo hacerse / escuchar dentro de ese canto ajeno". Pero es que, como escribió, "algo tiene que haber en el aire. / Hay peleas por todos lados".

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW